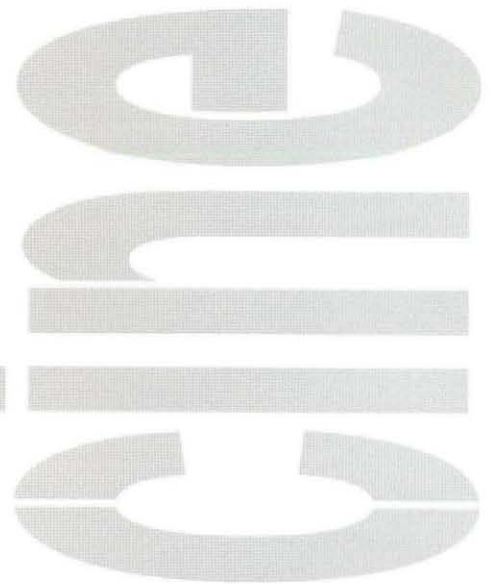


QUEMADO POR EL SOL: los naufragos de la nostalgia

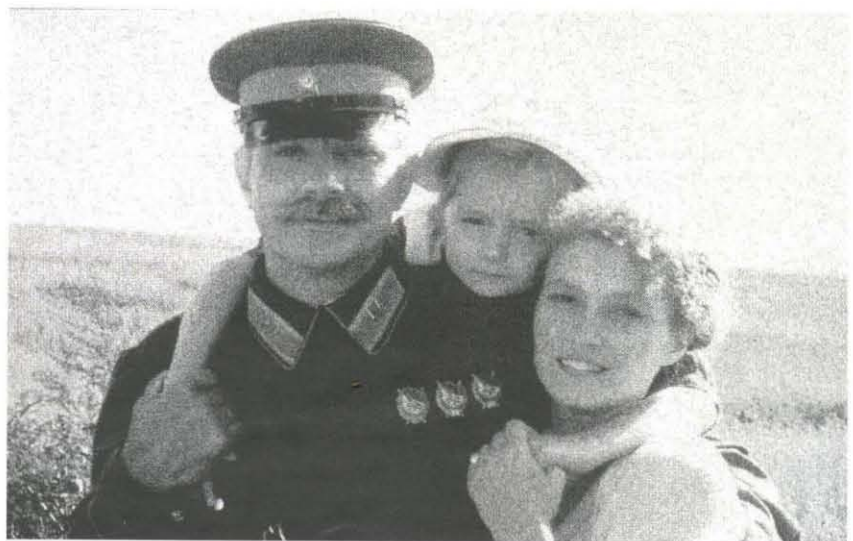


En *Quemado por el sol* (1994), de Nikita Mihalkov, lo vivido aflora continuamente, sin necesidad de ser *materializado* por medio de *flashbacks* (secuencias de pasado) y sus casi siempre artificiales marcas. Un recurso que, sin embargo, Mihalkov emplea a la perfección, como demostró en *Ojos negros* (1987), cuya estructura depende totalmente de estos retrocesos.

A pesar de esta ausencia de *flashbacks*, en el sentido estricto del término, en *Quemado por el sol* nos encontramos ante un mundo que se resiste a abandonar el pasado; detrás de un presente en apariencia apacible y ocioso, laten con toda intensidad frustraciones y heridas mal curadas, que pugnan por salir a la luz. En este sentido, la película de Mihalkov pertenece al universo de Antón Chéjov, cuyo aliento recorren algunos de los filmes más importantes del cineasta, en especial *Pieza incompleta para piano mecánico* (1976) y *Ojos negros*. Aunque no sea el resultado de una adaptación de Chéjov, *Quemado por el sol* es de esa clase de filmes que, a causa de la gran influencia literaria que se aprecia en ellos, llegan a estar más cerca de la obra de un escritor que aquellas adaptaciones reconocidas como tales.

En *Quemado por el sol*, película cuya deuda con Chéjov alcanza también al tratamiento de la temporalidad, estamos, pues, ante una vida aparentemente suspendida,

impregnada de recuerdos y a punto de derrumbarse como un castillo de naipes; el día transcurre con lentitud veraniega, fuera del tiempo organizado del trabajo, conquista terreno para la pereza y el juego; pero en ese tiempo detenido, los personajes se entregan con facilidad a la memoria, ceden a la tentación de recordar y dejan salir a los fantasmas que habitan en sus abismos interiores. Dimitri (extraordinaria interpretación de Oleg Menchikov), que vuelve inesperadamente al espacio de su juventud, después de años de ausencia, trae consigo el equipaje de un pasado doloroso y oscuro, contaminado por la Historia, lleno de





renuncias y traiciones. Mihalkov podría haber acudido al *flashback* para ponernos al corriente de esta vida. Prefiere, sin embargo, muy acertadamente, dejar que el personaje deje vislumbrar su espinoso recorrido vital, en una secuencia de gran intensidad emocional en la que éste narra a la pequeña Nadja un cuento en clave, destinado en realidad a otros oídos, que, sin embargo, como sabremos más tarde, tampoco es toda la verdad. Mihalkov proporciona indicios para que descifremos el pasado de sus personajes (las cicatrices en la muñeca de Maroushia, las estaturas de unos Dimitri y Maroushia adolescentes medidas en una puerta, una vieja fotografía de Kotov junto a Stalin, el regreso a los lugares del amor, melancólicas melodías...) que actúan a la manera de la punta de un iceberg, ya que se nos obliga a adivinar, a reconstruir esas vidas y sus motivaciones secretas.

Al tiempo festivo, paulatinamente minado por el veneno de la nostalgia y del rencor, sucede luego el tiempo de la violencia, que supondrá el salvaje punto final a ese mundo que se hubiera deseado conservar. Después de haber regido los destinos de sus personajes al ritmo de ese reloj chejoviano, compuesto por jirones de vidas rotas, anhelos y desengaños, ese reloj de arena lento e implacable que destruye el espejismo del presente, Mihalkov abre, en las últimas secuencias del filme, las irreversibles puertas de la Historia, que tuvo uno de sus momentos de mayor horror y envilecimiento en ese estado totalitario, capaz de devorar incluso a sus propios héroes.